

Imagino la Cuaresma como este sendero que conduce a donde Dios me espera, en el centro de mi propio corazón, sin autodesprecio, reconociendo esta tierra mía y este ahora único, como el lugar querido por Él para venirse a habitar, oportunidad inaplazable para decirle TE QUIERO, sin esperar a mañana, y para rendir mi vida, sin excusas morales, a su amor incondicional.

Sí, yo sigo creyendo que la Cuaresma es tierra de fecundidad insospechada; así como el Desierto esconde fuentes y pozos que regalan vida nueva y verdad, más allá de todo cansancio y desilusión. Creo firmemente que hay mucha vida escondida en este ahora duro, seco... Miguel Márquez, ocd.

### **PAUTAS PARA LA MEDITACIÓN**

¿Necesito dejarme conducir en el silencio al desierto con el deseo de comprender y conocer la raíz de Aquel que es mi Maestro, mi Señor, mi Dios?

¿Imagino la Cuaresma, no como un cúmulo de propósitos que me dejen satisfecho en mi propio cumplimiento, sino como un itinerario que reencienda en mí aquel amor alegre que me empuje a madrugar por mi Señor, y por mis hermanos, sin otro premio que la alegría de la gratuidad, sin pedir nada a cambio?

### **EXPERIENCIA DE SILENCIO, DE SOLEDAD EN LA CUARESMA UNA FUENTE EN EL DESIERTO...**

“Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y, durante cuarenta días, el Espíritu lo fue llevando por el desierto” (Lc 4, 1)

Jesús fue empujado por el Espíritu a la soledad. Esa misteriosa y fascinante atracción que Jesús sentía por buscar, en muchos momentos, lugares apartados, precisamente él que era un hombre de relación, de encuentro. ¿Qué esconden esos espacios, aparentemente vacíos, que el evangelio menciona en muchos momentos como de pasada y en otras ocasiones muy claramente, en los que Jesús está solo voluntariamente? Sabemos que esa soledad esconde una fuente de fecundidad insospechada.

¿Qué necesidad tiene? ¿Para qué va a la soledad? ¿Cuál es el secreto de esas soledades y silencios que el evangelio apenas comenta?

Os confieso que siempre me ha tocado profundamente esta necesidad de Jesús, de buscar, en algunas ocasiones, el monte, la otra orilla, el descampado, la noche, etc. y lo imagino allí, sin decir nada, sin hacer milagros, sin conversar con la samaritana, sin enseñar a sus discípulos, sin defenderse de los fariseos y letrados... simplemente allí, a solas consigo mismo y con el Padre, con el Abba, a corazón abierto... de frente.

Si Jesús, que era íntegro y estaba atravesado de autoridad y de verdad necesitaba el silencio, ir a la soledad a orar... ¿no necesito yo buscar el silencio, dejarme conducir a esa misma soledad en el deseo de comprender y conocer la raíz de Aquel que es mi maestro, mi Señor, mi Dios?

En el desierto la vida se busca hacia abajo, en la raíz: agua subterránea, invisible, real. Hacía falta estar sin arriño de consuelos, para volverse a ver uno mismo en el espejo, sin espejismos, de la propia soledad, abierto a lo que está más adentro...

El Desierto encierra la fascinación desafiante de los límites. Desnudador de apoyos mentirosos, te empuja a un encuentro en pobreza con la verdad de Dios, de ti mismo y de los otros. Al Desierto se va para atreverte a mirar los ojos de Dios, esos ojos que todavía no conoces... Pero, sobre todo, para dejarte mirar, dejarte enseñar y educar.

Hay mucha literatura en torno a la Cuaresma, mucha poesía... Sin embargo, la búsqueda del silencio, de la soledad y del desierto, por parte de Jesús, es encuentro radical, sin anestesia, con la crudeza de lo real.

Yo imagino la Cuaresma como camino hacia las fuentes de la alegría, de la libertad, de la gracia de donde brotan relaciones sanas, educadas, cordiales, más transparentes entre nosotros; un camino hacia la justicia (tan devaluada en nuestros días), no una justicia partidista, mezquina, miope, que sólo juzga desde el propio color, partido o cadena radiofónica; camino real de sobriedad (no sólo forzados por la crisis) hacia una vida menos consumista y más saboreadora de lo simple, disfrutando de no poseer nada, para poder compartir todo, y no de lo que sobra.

Imagino la Cuaresma, no como un cúmulo de propósitos que me dejen satisfecho en mi propio cumplimiento, sino como un itinerario que reencienda en mí aquel amor alegre que me empuje a madrugar por mi Señor, y por mis hermanos, sin otro premio que la alegría de la gratuidad, sin pedir nada a cambio